

mió, me haceis la gracia de darme luz para conocer las tristes consecuencias de mi fatal descuido, ayudadme por vuestra misericordia, para que desde este mismo punto comience á trabajar eficazmente en el negocio de mi salvacion.

JACULATORIAS. — Haced, Señor, que tenga perpetuamente delante de los ojos el fin para que fui criado. (*Psalm.* 38.)

Bienaventurados los que se dedican á conocer la voluntad de Dios para servirle con todo el corazon. (*Psalm.* 118.)

PROPOSITOS.

1 Apenas es posible dejar de concebir un alto desprecio de la prudencia de los hijos del siglo, cuando se llega á conocer la inutilidad de sus fatigas y la vanidad de sus empresas. Siempre que me paro á considerar (decia S. Juan Crisóstomo) esos grandes genios, esos hombres extraordinarios que llevan allá dentro de su cabeza una de las cuatro partes del mundo, ocupados siempre en algun gran proyecto, y casi rendidos al peso de los negocios, se me representan á aquellos niños que están á la orilla del mar juntando conchas y mariscos para levantar sobre la arena unas casitas, que un soplo de viento las derriba y la primera ola que viene infaliblemente se las lleva. En rigor, ninguna cosa de este mundo es digna de nuestro cuidado, ni merece toda nuestra aplicacion, sino el negocio de la salvacion; esta sola merece el nombre de negocio; todo lo demás es entretenimiento, puerilidad y bagatela. Convéncete de esta importante verdad; comprende bien que es la mayor locura sudar, afanarse, consumir la salud, las fuerzas, los talentos y la misma vida en correr tras un poco de aire, que en llegándose á conseguir, se desvanece en humo. ¿En la hora de la muerte y por toda la eternidad dará mucho consuelo á un condenado el haber dejado poderosos á sus hijos? Esto te debes repetir á tí mismo todos los instantes.

2 El negocio de la salvacion es tu único negocio; aunque hayas acertado todos los demás, nada hiciste, todo lo echaste á perder si erraste este. Este es el único negocio tuyo; los demás no son tuyos, sino ajenos; son negocios de tus hijos, de tus herederos, de tus amigos y de tus parientes. Pues en este negocio tuyo y personal, ¿qué tiempo has empleado? ¿de qué medios te has valido? El es un negocio arduo, enredoso y delicado; ¿te ha ocupado muchas horas? ¿piensas en él por la mañana, por la tarde, por el dia y por la noche? El menor de los demás negocios le llevas siempre contigo á la iglesia, al paseo, á la visita,

á las diversiones, á la mesa y á la cama, sin acertar á echarle de tí; ¿qué lugar ocupa en tu corazon y en tu memoria el importante negocio de la salvacion? ¿has pasado la mayor parte de la vida en cuidados, en afanes, en trabajos; y quizá no te ha merecido un cuarto de hora de tiempo el negocio de tu salvacion, que debiera ocuparte toda la vida? Comienza por lo menos á trabajar en él desde hoy, de manera que nada hagas sin que te puedas decir á tí mismo con verdad: en esto pretendo hacer el negocio de mi salvacion.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

SANTA PRAXEDIS (ó **PRAXEDES**), virgen, en Roma; la cual estando bien instruida en la perfecta castidad y en la ley de Dios, y ejercitada en continuas vigiliias, oraciones y ayunos, murió en Jesucristo, y fué sepultada en la via Salaria junto á su hermana Pudenciana. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN DANIEL, profeta, en Babilonia. (*Véase su historia en las del dia 10 de Abril.*)

EL TRÁNSITO DE SAN VICTOR, soldado, en Marsella: no queriendo seguir la guerra, ni sacrificar á los ídolos, primero fué puesto en una cárcel, donde le visitó un ángel; despues le atormentaron de diversas maneras, y últimamente le desmenuzaron con una piedra de molino. Padedieron con él otros tres soldados, **ALEJANDRO**, **FELICIANO** y **LONGINOS**. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SANTA JULIA, virgen y mártir, en Troyes de Francia. (Habiéndola solicitada por esposa uno de los generales de Aureliano, negóse á sus deseos de manera que consiguió convertirle á la fe de Jesucristo, y con él muchos otros de sus tropas. Sabido el suceso por Aureliano, mandó prenderla y luego degollarla en el año 275.)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS CLAUDIO, **JUSTO**, **JUCENDINO** Y **CINCO COMPAÑEROS**, en tiempo del emperador Aureliano, en la misma ciudad.

SAN ZÓTICO, obispo y mártir, en Comana en la Armenia, que alcanzó la corona del martirio en tiempo de Severo. (El fué el primero que descubrió, confutó y condenó los errores é imposturas de los cathaphrygos ó montanistas con sus falsas profecias, como lo dice Eusebio.)

SAN ARBOGASTO, obispo, ilustre en milagros, en Estrasburgo. (Los irlandeses suponen á este Santo natural de su pais: los escoceses pretenden tambien apropiárselo; pero sus actas dicen que fué de una noble familia de Aquitania, y cuentan que pasaba por los años de 630 vida eremitica en *Bosque Sacro*, cuando el rey Dagoberto II lo llamó á la corte y le hizo elegir para el obispado de Estrasburgo. Poco despues de su exaltacion resucitó al hijo de Dagoberto, que habia muerto de la caída de un caballo. Otros muchos milagros se atribuyen á este

santo obispo, el cual en su testamento mandó que su cuerpo fuese sepultado con los de los malhechores, y se cumplió así; aunque en el mismo lugar fué edificada luego una iglesia, al rededor de la que se fundó el pueblo llamado Strateburgo.)

SAN JUAN; monge y compañero de S. Simeon Stilita, en Siria.

SAN VICTOR, MÁRTIR.

SAN Victor, mártir ilustrísimo de la santa Iglesia, nació en Marsella, de familia muy distinguida entre las mas nobles de aquella ciudad, tanto por los considerables empleos con que los emperadores romanos habian honrado á sus antepasados, como por los muchos bienes de fortuna que poseia. Es muy probable que sus padres fueron cristianos, y que se dedicaron con el mayor desvelo á darle una educacion digna de su religion y de su ilustre nacimiento. Siguiendo la costumbre de las personas de su calidad, abrazó la profesion de las armas, y sirvió á los emperadores con honor y con distincion, dando en muchas ocasiones tan señaladas pruebas de singular valor, que se cree haberle merecido el nombre de Victor sus mismas hazañas valerosas.

Tres ó cuatro años despues que el emperador Maximiano Hercúleo, colega de Diocleciano, habia mandado hacer pedazos la legion Tebana, compuesta toda de cristianos, y mandada por su jefe S. Mauricio, vino á la ciudad de Marsella hácia el año de 290. Era á la sazón aquella ciudad mucho mas ilustre por el zelo de la religion y por el crecido número de fieles que la ocupaban, que por su antigüedad, por la multitud de sus habitantes, por lo que florecian en ella las ciencias y las artes, por sus riquezas y por su esplendor, en que disputaba á la misma Roma la majestad y la opulencia. Acaso no se encontraria en aquel tiempo en todo el imperio romano otra ciudad en que la fe de Jesucristo hubiese hecho tantos progresos, y donde la religion cristiana triunfase con mayor gloria; motivo que obligó al emperador, enemigo mortal del nombre cristiano, á trasladarse á ella para hacer alguna mansion; y por lo mismo se sobresaltaron con su venida todos los cristianos. Dió orden Maximiano de que todos fuesen arrestados, y en un instante se llenaron las prisiones. Era Victor entonces oficial en las tropas del emperador, y viendo á sus hermanos en aquel peligro, se sintió inflamado en zelo, no menos que encendido en una ardiente caridad; y como por otra parte era hombre hábil, elocuente, de gran persuasiva, y tan animoso, que en vez de acobardarle los riesgos le daban mayor espíritu, no reconocia al miedo, y con el mayor desem-



S. VICTOR, M.

barazo iba todos los días á las cárceles á visitar los confesores de Jesucristo; y por las noches andaba toda la ciudad de casa en casa fortificando á todos en la fe, y animándolos al martirio.

Al mismo tiempo que los esforzaba con sus palabras, los socorria con sus crecidas limosnas, no pudiendo ser su zelo ni mas ardiente, ni mas compasivo, ni mas eficaz. Acompañaba á los mártires hasta el cadalso, alentábalos hasta que rendian el último suspiro, y despreciando generosamente los peligros, cada dia hacia nuevas conquistas á Jesucristo.

No era posible se dilatase mucho el premio correspondiente á una profesion del cristianismo tan intrépida y tan animosa á los ojos mismos del mayor enemigo del nombre cristiano. Fué acusado Victor, no solo como cristiano, sino como el enemigo mas capital de los dioses del imperio, y le sorprendieron cuando estaba ejercitando las santas y gloriosas funciones de verdadero soldado de Jesucristo. Arrestósele de orden del emperador, y se le condujo al tribunal de los dos prefectos Asterio y Eutiques, oficiales generales del mismo principe que administraban la justicia en la ciudad. Ambos eran amigos particulares de Victor; y recibiéndole con mucho honor, no solo no le trataron como á prisionero, sino que le hablaron como á amigo, calificando de calumnia la acusacion.

«No creas, le dijeron con semblante risueño y apacible, no creas que nos han hecho mucha impresion las voces que corren por ahí; tenémoste muy conocido, y no nos podemos persuadir que un hombre tan discreto sea cristiano. Sóbrate mucho entendimiento y mucho juicio para dar en unas extravagancias y en unas supersticiones tan indignas de un hombre de tu calidad, por las cuales perderias la gracia del emperador, serias privado de tus empleos, te precipitarian en las mayores desdichas, y al fin te costarian la vida.—Mucha merced me haceis, respondió el Santo, en suponerme hombre de tanto entendimiento; pero si tengo alguno, no puedo dar mejor prueba que la de seguir la religion cristiana. Esas que vosotros llamais supersticiones, son unas verdades tales, que todo hombre de razon se debe rendir á ellas; y el nombre de cristiano tan léjos está de desdorar mi calidad, que hablando en rigor, la verdadera nobleza y la verdadera gloria consiste precisamente en el culto que se tributa al único Dios verdadero. Estimo y respeto la gracia del emperador, buena prueba es mi pronto rendimiento á su voluntad imperial en todo lo que no se oponga á mi religion; pero en tratándose de abandonar esta, antes abandonaré los empleos, los bienes y la misma vida.»

Quedarón suspensos los dos oficiales al oír una respuesta tan discreta como generosa; pero recobrándose Asterio, le replicó: «No es posible hayas hecho reflexion á las funestas consecuencias á que te espone ese capricho.—Ni yo puedo creer, añadió Eutiques, que tú mismo sientas seriamente lo que dices. ¡Qué, adorar como á Dios, y creer que él solo es Dios verdadero, á un hombre que sabemos murió ajusticiado en un afrentosoadero! ¡Y creerlo tan firmemente, que esté un hombre pronto á sacrificar la vida por sostener este delirio! Muy insensato ha de ser el que abrace semejante religion.—Si la conocierais bien, replicó Victor, hablariais de otra manera. Ese hombre muerto en una cruz por la salvacion de los hombres, es verdadero Hijo de Dios, y él mismo resucitó al tercero dia por su propia virtud. Vuestros dioses si que son unos dioses muertos; ni en vuestros ídolos adorais otra cosa que á los demonios. Su misma multitud es la mejor prueba de su ningun poder. Adorar á los demonios es extravagancia, y rendirles culto es impiedad.» Al oír esto los que estaban presentes, levantaron descompuestamente el grito, cargándole de injurias, sin que Victor diese señal de la mas mínima alteracion. Dijo entonces Asterio: «Ya ves la indignacion del público; nosotros no podemos menos de dar cuenta al emperador de tu desobediencia.—Tambien yo soy oficial de sus ejércitos, respondió Victor, y ninguno habrá notado en mí la menor cobardía ni infidelidad en su servicio; pero al mismo tiempo soy soldado de Jesucristo, y quiero serle fiel; vosotros cumplid con vuestra obligacion.»

Informado Maximiano de todo lo sucedido, fué grande su indignacion, por lo mismo que estimaba á Victor como á uno de los mas valerosos soldados de su ejército. Trajéronle á su presencia, y le recibió de manera que mostró bien lo mucho que sentia verse precisado á valerse de amenazas para intimidarle; pero el Santo estuvo aun mas intrépido y mas resuelto delante del emperador que delante de los prefectos. No pudo sufrir su constancia el genio cruel de Maximiano; arrebatado de cólera mandó que le atasen por los pies á la cola de un fogoso caballo, y que fuese arrastrado de esta manera por toda la ciudad, no dudando que los cristianos se atemorizarian á vista de un suplicio tan desacostumbrado. Ejecutóse la orden, y concurriendo todo el pueblo al espectáculo, como se habia esparcido cuidadosamente la voz de que Victor era el mayor enemigo que tenian los dioses, cada uno juzgaba hacer un acto de religion en cargarle bien de injurias. Arrojábanle piedras, sembraban las calles de cascotes de hierro, irritaban el caballo á latigazos, y todos procuraban hacerle mas

cruel aquel tormento. Creyóse desde el principio que luego espiraria, viéndole tan ensangrentado, tan molido y tan despedazado, cubiertas de su sangre todas las calles, sin haberle quedado ya mas que la figura de hombre; pero le conservaba Dios para mayores tormentos, y para que triunfase en él la religion en medio de suplicios mucho mas terribles. Desataron aquel cuerpo desfigurado, despedazado y bañado todo de sangre, y le volvieron á presentar delante de los prefectos, los cuales, viéndole en estado tan lastimoso, creyeron habria poco que hacer en vencerle.

«Esto es, le dijeron, lo que has ganado con tu terquedad; suplicámoste como amigos que te rindas á la voluntad del emperador, y que no quieras apurar toda su paciencia.—No me tengais mucha lástima, les respondió el Santo, por el estado en que me veis; el amor que los cristianos tenemos á Dios, y la segura esperanza de conseguir los bienes que no tienen fin, hacen muy preciosos para nosotros los trabajos de esta vida.—Créeme á mí, replicó Asterio, y no arriesgues los bienes presentes y efectivos por los imaginarios y futuros.» Animado entonces el Santo del espíritu de Dios, le hizo un dilatado discurso así á él como á la multitud que le escuchaba sobre la verdad de la religion cristiana y sobre la locura del paganismo. Pero como algunos se burlasen de que los cristianos colocaban su esperanza en unos bienes futuros, de los cuales no tenian ni pruebas ni esperiencia: «La prueba mas concluyente, dijo Victor, de la seguridad con que esperamos estos bienes, son los suplicios que padecemos con tanta alegría solo por lograrlos; y aqui estoy yo pronto á servir de nuevo ejemplo.»

Viendo los jueces que comenzaba á escitarse en el pueblo un sordo murmullo, y temiendo algun motin, deliberaron entre sí lo que debian hacer. Convinieron luego en que era menester castigar aquella osadia y el desprecio de los dioses; pero no se conformaron en el género del suplicio, y se acalaron tanto en esta disputa, que Eutiques se retiró. Quedó solo Asterio, y queriendo hacer la corte al emperador, le condenó á los mas crueles tormentos. Dió principio mandando aplicarle á la cuestion con tanta impiedad, que á no conservar Dios milagrosamente, hubiera perdido la vida. Durante este suplicio levantaba el Santo los ojos al cielo, y pedia al Padre de las misericordias paciencia para tolerarle. Apareciósele Jesucristo con una cruz en la mano, dióle su bendicion, y le dijo que él mismo era el que padecia en sus mártires, que los alentaba, los sostenia en sus combates y al fin los coronaba despues de la victoria. En el mis-

mo instante se sintió Victor sin el mas mínimo dolor; y llenándose su corazón de un dulcísimo consuelo, se halló tan fortalecido con estas palabras, que sin atender siquiera á lo que padecía, estaba enteramente ocupado en rendir mil gracias al Salvador por aquella gran merced. De esta manera cansó el Santo al prefecto y á los verdugos; tanto, que viéndole Asterio como insensible, mandó que le desatasen del potro, y que le encerrasen en un oscuro calabozo; pero apenas entró en él cuando todo se bañó de una celestial luz mas resplandeciente que la del mismo sol. A vista de este prodigio, tres soldados que le hacían guardia, llamados Alejandro, Longino y Feliciano, se arrojaron á los pies de Victor protestando que no había otro verdadero Dios que el Dios de los cristianos, y pidiendo con instancias el bautismo. Instruyólos el Santo lo mejor que pudo, y las circunstancias del tiempo lo permitían; mandó llamar á algunos presbíteros, llevólos á la orilla del mar, donde fueron bautizados, siendo el mismo Santo su padrino, como lo dicen las actas del martirio, y se volvió con ellos á la cárcel, donde pasaron todos el resto de la noche dando á Dios muchas gracias por sus grandes misericordias.

Noticioso Maximiano la mañana siguiente de la conversión de los tres soldados, entró en una furiosa cólera, y mandó luego fijar un edicto, en que sentenciaba á los tres á ser prontamente degollados, y á Victor que los había encantado con sus hechicerías, á que fuese aplicado segunda vez á otra tortura mucho mas rigurosa que la primera. Nada se turbó nuestro Santo, y solo atendió á esforzar á los tres soldados, animándolos á despreciar generosamente la muerte. Refiriólos como el dia antecedente le había consolado el Señor, y los exhortó á que se mostrasen dignos del honor que los hacía Jesucristo, esponiéndolos al combate luego que habían dado el nombre á su familia. Fueron conducidos todos cuatro á la plaza que estaba delante de la cárcel, y se llama hoy la plaza de Linche, donde había concurrido todo el pueblo; los gentiles para saciar su inhumanidad y su rabia contra los cristianos, y los cristianos para ver combatir los santos mártires en defensa de la religion, y para ser testigos de su triunfo en medio de los suplicios. Era Victor el objeto principal contra quien se desenfrenaba el furor de los gentiles; cargábanle de injurias y de imprecaciones, pretendiendo obligarle con descompasados gritos á que hiciese retractar á los tres soldados los embustes y supersticiones en que los había imbuido con sus hechicerías y sortilegios; pero el Santo, despreciando generosamente la gritería y los insultos del fanático populacho, redobló su zelo para animarlos al martirio, y tuvo el consuelo de ver-

los morir con tan valerosa constancia, que admiró hasta á los mismos paganos. Cortáronlos la cabeza á vista de Victor, que derramaba dulces lágrimas de gozo, rindiendo mil gracias al cielo, y pidiendo con instancias al Señor le hiciese participante de la misma gloria.

Pero aun no le fué entonces concedida esta dicha; hiciéronle todavía padecer otra tortura mas rigurosa para satisfacer al pueblo idólatra, cada dia mas sediento de la sangre de los cristianos. Volviéronle á suspender en el ecúleo, y por largo espacio de tiempo golpearon cruelmente su cuerpo con nervios de bueyes. Su paciencia, siempre victoriosa de los mas desapiadados suplicios, convirtió gran número de paganos, reconociendo y confesando que sin asistencia sobrenatural y divina no era posible resistir á tantos tormentos, ni mucho menos padecerlos con tan visible alegría. Volviéronle á la cárcel, donde estuvo tres dias clamando continuamente al Señor por la palma del martirio.

Muy presto logró su efecto esta fervorosa oración. Pareciéndole á Maximiano que no era tratado Victor con todo el rigor que merecía, avocó á sí la causa, y él mismo quiso ser su juez. Mandóle traer á su presencia, volviéndole á examinar judicialmente sobre su fe: valiése de promesas, de amenazas, y de la cuestión del tormento á que le aplicó tercera vez. Como nada de esto alterase su constancia, hizo traer un altar, púsosele delante, mandóle ofrecer incienso á Júpiter en su presencia, y se lo mandó en un tono tan terrible, tan espantoso, que se atemorizaron hasta los mismos gentiles. Abrasado entonces el Santo de un extraordinario zelo, y lleno de una santa indignación al nombre solo del horrible sacrilegio á que se le quería precisar, dió un puntapié al idolo y al altar, y lo echó todo por tierra. Espumando de cólera el tirano, mandó que al punto le cortasen aquel sacrilego pié; alargósele intrépidamente Victor al verdugo, y sufrió aquel tormento con la misma alegría que todos los demás. Rabioso Maximiano por no poder doblar la heroica constancia del generoso soldado de Jesucristo, mandó que le pusiesen debajo de una rueda de molino hasta que se hiciesen harina todos sus huesos. Ejecutóse el orden; pero apenas fué el Santo aplicado á este suplicio, cuando se hizo pedazos la máquina que daba movimiento á la rueda. Retiráronle de ella, aunque ya con todos los huesos molidos; y viendo el emperador que todavía respiraba, no pudiendo sufrir el verse vencido, mandó que le cortasen la cabeza, y al mismo tiempo se oyó una voz del cielo, que decía: *Venciste, dichoso Victor, venciste.*

Pareciéndole al tirano que podría triunfar de los mártires, á lo

menos despues de muertos, dió orden de que fuesen arrojados al mar los cuerpos de nuestro Santo y de los tres soldados degollados tres días antes; pero dispuso Dios que la misma agua los echase á tierra en la orilla opuesta del puerto, de donde los retiraron los cristianos, y los dieron sepultura á pocos pasos de distancia, la que hizo gloriosa el Señor con mucho número de milagros. Recibió S. Victor la corona del martirio el día 21 de julio del año de 303.

El año de 410 vino del Oriente á establecerse en Marsella el célebre Juan Casiano, tan conocido por su libro *de las colecciones de los Padres*; y ordenado de sacerdote por el obispo Venerio, fundó en el mismo lugar de la sepultura del santo mártir un famoso monasterio, que es hoy la ilustre abadía de S. Victor de la religion de S. Benito, donde se guardan sus preciosas reliquias, menos el pié, que en el año de 1362 se le regaló á la abadía de S. Victor de Paris Juan duque de Berry, hijo del rey Juan, y al duque se le habia presentado el papa Urbano V cuando era abad de S. Victor de Marsella; cuyo priorato habia sido en otro tiempo la abadía de S. Victor de Paris, hasta que en el año de 1173, Luis el Craso, rey de Francia, la convirtió en monasterio de canónigos reglares.

Cada año se renueva en esta abadía de Paris la memoria del recibimiento del santo pié en el día 23 de julio, cuya conmemoracion se hace con grande solemnidad, en testimonio de lo mucho que se estima aquella preciosa reliquia.

En el ilustre monasterio de las religiosas benedictinas de Marsella se ve hasta el día de hoy la cárcel, ó el calabozo subterráneo donde estuvo preso el santo mártir, y enfrente está la plaza donde probablemente consumó su glorioso martirio, y en la cual doscientos cincuenta años antes habia S. Lázaro consumado el suyo.

SANTA PRAXEDES, VÍRGEN.

ENTRE las ilustres familias que abrazaron la fe de Jesucristo en el tiempo de los Apóstoles, fué una la del nobilísimo senador Prudencio, quien ilustrado con la luz del Evangelio y bautizado por S. Pedro tuvo la dicha de que su casa fuese la primera en la capital del orbe cristiano, donde celebró el Príncipe de los Apóstoles los misterios de nuestra santa religion; consagrada despues en iglesia bajo el título de Pastor. De este padre feliz fué hija Sta. Praxedes, natural de Roma. Se dejan discurrir los progresos que haria Praxedes en la virtud bajo la enseñanza de los

varones apostólicos, especialmente de S. Pio, pontífice primero de este nombre, á quien principalmente atribuyen la educacion de esta ilustre virgen sus actas; cuyas instrucciones solo sirvieron de fomentar las impresiones de la gracia del Espíritu Santo, que en su tierno corazon habia producido unos sentimientos tan nobles y tan cristianos, que en su juventud ya parecia haber llegado á una suma y eminente perfeccion, reputada por uno de los prodigios del cristianismo, y por el modelo mas perfecto de las piadosas matronas de Roma.

Aunque por su rara hermosura, calificada nobleza, vivo y perspicaz ingenio podia aspirar Praxedes á ser una de las primeras y de las mas principales señoras del mundo, todos los atractivos brillantes del siglo no fueron capaces á deslumbrar su entendimiento, bien persuadida que el mayor elogio de una doncella cristiana consiste en una justificada, modesta y virtuosa conducta. Las altas ideas que concibió desde luego de la pureza, la hicieron consagrar su virginidad á su esposo Jesucristo, y seguirle en los trabajos y amargura de su cruz; para lo cual, retirada de los peligros del siglo, pasaba su vida empleada en los santos ejercicios de oracion, vigiliias, ayunos y penitencias.

Los caritativos oficios que con los pobres cristianos practicaba la Santa en aquellos calamitosos siglos, en que todo era tumulto y persecucion contra la Iglesia, dieron á conocer en Roma el gran fondo de su piedad. Todos los cristianos miraban su casa como general hospicio, donde hallaban consuelo en sus aflicciones, y asilo en sus conflictos, invirtiendo con manos liberalísimas su cuantioso patrimonio en el socorro de los necesitados. No fué menos admirable su zelo por el aumento del culto divino: á sus ruegos consagró en iglesia titular de Roma S. Pio I la casa de su padre Prudencio, bajo el título del Pastor: lo mismo hizo con la de un presbítero llamado Nobato con las terras de su nombre, y no omitió igual donacion graciosa de su propio domicilio, á fin de que en todos se celebrasen los divinos misterios, y se administrasen los sacramentos.

Suscitó el emperador Antonino Pio una de las persecuciones que padeció la Iglesia, no bien hallado con la tregua pacífica que le concedió por algun tiempo de su reinado, portándose al fin como pagano é idólatra; y penetrado el piadoso corazon de la Santa del mas vivo dolor al ver las miserias de los muchos cristianos que gemian entre duras prisiones; animada de una caridad sin límites, pasaba á las cárceles á consolar á los afligidos, y á alentarles con sus sabias y eficaces persuasiones, á que se mantuviesen firmes en la confesion de Jesucristo, ocupándose con el

mismo valor en dar sepultura á los ilustres mártires, que murieron en aquella borrasca, sin temor de los peligros á que esponia cada día su vida; pues sus deseos no eran otros que ser participante de sus gloriosos triunfos.

Supo Antonino que en casa de Praxedes se congregaban los cristianos á celebrar las funciones de su religion, dió providencia para que les arrestasen sus ministros, y habiendo de estos preso con Simetrio, presbítero, á otros veinte y dos confesores, les mandó degollar sin proceso alguno. Sintió la Santa el suceso en el alma, y no pudiendo sufrir su compasivo corazón la inhumanidad que ejecutaban los paganos con los inocentes fieles, no por otra causa que la de resistirse á prestar adoracion sacrilega á las falsas deidades, rogó al Señor se dignase sacarla de esta penosa vida. Oyó el Señor agradable sus fervorosas súplicas, y le concedió esta dicha en el 21 de julio por los años 139, á cuyo venerable cuerpo dieron sepultura los fieles en el cementerio de Priscila, contiguo al de su padre y hermana Prudenciana.

Erigida la casa de Praxedes en título, como queda dicho, se tuvo en grande veneracion en Roma desde los primeros siglos; pero habiendo padecido algunas ruinas en los tiempos sucesivos, se interesaron despues en su reedificacion y adorno la Santidad de Pascual II, S. Carlos Borromeo y Alejandro, cardenal de Médicis, que ascendió á la dignidad pontificia con el nombre de Leon XI, devotos cordialísimos de la Santa; cuyas reliquias se conservan en la iglesia de su título, de las cuales se han trasladado algunas á diferentes partes del cristianismo, entre ellas á Mallorca, donde se les tributa la veneracion correspondiente.

La misa es en honor de S. Victor, y la oracion la siguiente:

O Dios, que nos concedes la bien la de que gocemos de tu gracia de que celebremos el nacimiento al cielo de los gloriosos mártires S. Victor y sus compañeros; concédenos también la eterna bienaventuranza en su santa compañía. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 11 del apóstol S. Pablo á los hebreos, y la misma que el día XVIII, pág. 536.

REFLEXIONES.

Si se considera lo mucho que padecieron por Jesucristo aque-

llos héroes cristianos, y si se hace reflexion á lo que nosotros hacemos por el mismo Señor, ¿no se podrá dudar si ellos reconocieron otro Evangelio distinto del nuestro, ó si nosotros profesamos otra religion diferente de la suya? La delicada vida de los cristianos de nuestros tiempos, sus costumbres, sus máximas y su licencia, todo induce tan enorme desproporcion entre nuestra moral y la de los primeros fieles, que con razon se puede preguntar si tenemos la misma fe. ¿Es igual á la suya nuestra caridad? Con todo eso (¡cosa admirable!) todavía nos atrevemos á tener tanta, ó mayor esperanza. Los mismos que van marchando por aquellos mismos caminos que Jesucristo declaró guiaban derechos á la perdicion, esos mismos se lisonjean de que sin mudar de rumbo han de llegar dichosamente al término de la salvacion. Es cierto que ya se acabó el tiempo de las persecuciones; pero el tiempo de las tentaciones dura por toda la vida. Es el mundo el grande y declarado enemigo de Jesucristo, pudiéndose decir que es como el sucesor de los Maximianos y de los Dioclecianos, por la eterna persecucion que declara á todos los buenos, y á cuantos conforman sus costumbres á las máximas del Evangelio. A ninguno perdona; no hay virtud cristiana que se escape á su censura; todas son condenadas en su injusto tribunal. Modestia, circunspeccion, pudor en las mujeres, piedad, modestacion, retiro en personas distinguidas, virtud sobresaliente, ejemplos de edificacion, caridad universal, intencion derecha, inocencia, fervor, todo lo que honra á la religion irrita á los mundanos y alborota su mal humor. El mundo proscribete á los devotos, y se amotina con furor contra los santos. Basta ser discípulo de Jesucristo para incurrir en su desgracia. ¡Cuanto da que padecer á aquellas almas virtuosas, á aquellos hombres justos de quienes él no era digno! Arrójalos de su lado, esclúyelos con desprecio y con indignacion de sus concurrencias, y padecen de él una persecucion muy poco diferente de la de los tiranos. ¡Pero infeliz de aquel que se rinde á su tiranía! Por la flaqueza y por la cobardia de muchos cristianos se forma, por decirlo así, dentro del mismo seno de la religion cierta clase de apóstatas. Témesese mucho á este tirano imaginario; ¿pero cuando hubo temor mas vano? Se hace grande aprehension de sus juicios, se pone el mayor cuidado en no disgustarle; y fuera mejor ponerle en no darle gusto. Ni aun se espera á sus amenazas; antes que estas lleguen no hay valor para obrar bien, solo porque se sabe que la virtud no es del gusto del mundo. ¿Qué se dirá si reformo el tren, si me retiro de las funciones, si mudo de vida? ¡Y será posible que hombres, por otra parte capaces, entendidos, se

intimidan, se espantan, se detengan por este ridiculo respeto humano, que en rigor no es mas que un fantasma!

Con todo eso, este fantasma hace en la mayor parte de los cristianos de estos tiempos casi el mismo efecto que hacian las amenazas de los emperadores gentiles en los corazones de muchos fieles cobardes de los primeros siglos. Intimidados éstos de los tiranos, apostataban de la fe de Cristo; y acobardados aquéllos por los respetos humanos, no se atreven á declararse por el Evangelio. Nunca nos olvidemos de este oráculo: *El que se avergonzará de mí y de mis palabras, el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga lleno de gloria y de majestad.*

El Evangelio es del cap. 11 de S. Mateo, y el mismo que el dia 1, pág. 24.

MEDITACION.

Del vencimiento de las pasiones.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no tenemos mayores enemigos que nuestras propias pasiones. Ellas alteran nuestra quietud desde que nacemos; ¡qué lazos no nos arman! ¡qué heridas no nos abren! Ninguna que no tire á condenarnos; ninguna que no se empeñe en perdernos. Buen Dios, ¡cuantos disgustos se excusarian, de cuantos malos pasos nos libraríamos, qué vejez tan dulce lograríamos, si desde luego nos aplicáramos á domar estos irreconciliables enemigos de nuestro reposo, y de nuestra salvacion! No hay edad exenta de pasiones. ¿Eres niño? Las pasiones son de ordinario los únicos resortes que, por decirlo así, ponen en movimiento toda la máquina. ¿Eres joven? Esa es la edad en que tienen mas fuerza, mayor vigor y en que hacen mas lastimosos estragos. La edad mas madura por lo comun las hace mas fieras; á la verdad modera un poco sus impetus y su foga-sidad, pero no las purga del veneno. La vejez debilita las fuerzas del cuerpo y del espíritu, mas no las de las pasiones. Engañanse los que juzgan que el tiempo las sujeta; por el contrario, el tiempo las hace mas imperiosas y mas absolutas. Cuanto es mas larga la posesion, alegan mayor derecho; y para ellas la costumbre antigua tiene fuerza de prescripcion.

Pero no solo son las pasiones cosecha de todas las edades; són lo tambien de todas las condiciones y de todos los estados. Para ellas no hay pais extraño ni forastero. Ni son inaccesibles á su poder los desiertos mas defendidos. No hay género de vida que las

acobarde; como las admitan, á todo se acomodan. Ellas se burlan del genio, del humor, y hasta de la misma devocion; y no estando siempre muy alerta, aunque se tenga la mejor intencion y la mejor voluntad del mundo, hay gran riesgo de ser el juguete, y aun la victima de sus propias pasiones. Cada pasion, digámoslo así, tiene su distinto idioma; y en medio de eso, todas ellas dicen una misma cosa. Todas conspiran contra nuestra salvacion, no hay siquiera una que no se oponga á la doctrina del Evangelio, y que sujetándonos á los sentidos, no nos desvíe de nuestro último fin. Éstos son aquellos fieros y terribles enemigos domésticos que nos hacen una guerra mortal, sin que nos atrevamos á hacerlos resistencia; ¿pues qué maravilla es que al cabo seamos esclavos suyos, ni que gimamos oprimidos bajo el yugo de esta esclavitud?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que con este género de enemigos no hay medio; ó vencer, ó ser vencidos. Lo mismo es darles treguas, que ser derrotado. No hay cosa que tanto aumente la fuerza de las pasiones, como el tratarlas bien; en perdonándolas, se hacen mas violentas. Sucede á las pasiones lo que á la calentura; por un momento parece que la apaga un vaso de agua fria; pero esto es puntualmente lo que la enciende mas. En no domándose enteramente la pasion, en no esterminándola y aniquilándola con victorias completas y reiteradas, se hace mas furiosa, y sabe muy bien desquitarse del tiempo que la tuvieron oprimida. Librenos Dios de vencer no mas que á medias á este enemigo; siempre será funesto el fin de la funcion y del combate. De aqui nace, que despues de aquellos intervalos de devocion y de fervor; despues de aquella frecuencia algo mayor de sacramentos; despues de aquellos ejercicios en que se dió un golpe á este enemigo, vuelve á reforzarse la pasion, y nos ataca con mayor fuerza que nunca. Si desde el mismo punto que nacen las pasiones se las hiciera una guerra viva y continuada, fácilmente se conseguiria el intento de domarlas; pero nos contentamos con quejarnos de su importunidad; háceselas no mas que una débil resistencia; decláraselas la guerra con flojedad; de manera, que mas parece temerlas y fomentarlas, que perseguirlas; pues no nos admiremos de que nos causen tantos daños, ni de que consigan cien pequeñas ventajas sobre nosotros. Hácense fieras con estos sucesos tan frecuentes, y al cabo nos tiranizan. ¡O buen Dios, cuanto nos dan que padecer durante la vida, y cual será el fruto de sus victorias á la hora de la muerte! Obra suya es nuestra eterna condenacion. Los Saules, los Salomones, los Judas, los Ori-